

causado más males á Francia que la Comuna misma: Yo lo he condenado ya, y lo condenaré cuarenta veces.» Y al hablar así, llevaba las manos á su frente con un profundo sentimiento de indignación.

Al leer los discursos de Pío IX recogidos por su secretario y sellados como exactos, se siente oír los gritos ó ver los rechinamientos de dientes de un macaco encolerizado. Cuando una flecha empapada en el veneno de curare (1) alcanza á un hombre, la herida lo arroja á un estado tal de entorpecimiento que no es todavía la muerte, pero sí la ausencia de todo movimiento. El herido aterrado, mudo, inerte, con el ojo fijo, con el cuerpo envuelto en una capa de plomo, ve, siente, piensa, tiene conciencia de su estado, pero no puede ni moverse. Tal es hoy el catolicismo entregado á las manos de la secta de Ignacio: tiene el curare en las venas, y se halla herido de inmovilidad, y Cristo mismo si descendiese á la tierra para decirle como al paralítico «levántate y marcha,» recibiría de su orgullo la respuesta; «Retírate ¡oh Señor! que estás turbando mi reposo.»

(1) Tósigo activo de la India.—N. del T.

XIX

Se dice que el nuevo papa deplora los despropósitos de sus predecesores, y procura atenuar las enemistades que Pío IX ha sublevado contra el Vaticano.

Si León XIII tuviese la felicidad de ser un hombre como otro para oír el eco de la razón, yo le diría con la franqueza, y con la deferencia que se debe á todo sér semejante:

«Nosotros no hemos, sin duda, marchado jamás, vos y yo, por el mismo camino; pero, en fin, el más sencillo prójimo puede dar, en oportunidad un buen consejo: escuchadlo, Santo Padre, que podría seros útil, y en todo caso, no puede sospecharse que sea hijo de la lisonja.

»Si lo que se dice de vos es verdadero, no habéis sido formado para ser papa. Pío IX ha maleado el oficio; vos no podéis hoy, ni confesar ni negar á vuestro predecesor. Valéis sin duda, más, que vuestro destino, que os condena á la suerte de infalible; porque sólo un alucinado puede tomar ese carácter por lo serio, para atribuírselo á si mismo, é imponerlo al catolicismo. Pero, por poco que os quede de buen sentido, debajo de vuestro solideo de raso, de-

béis saber á qué ateneros sobre vuestra divinidad; levantad la cabeza y veréis venir de todos los puntos del horizonte una tempestad tal, como jamás ha sido contemplada igual por el mundo, desde el diluvio.

»Lleváis sobre vuestros hombros el peso de una situación desesperada, de que no sois culpable personalmente, pero de que sois el heredero, y no es disfrazando sagazmente los hechos, como podréis salvarla: los sucesos, más finos que vuestros diplomáticos, no se dejan fascinar, y tienen sus destinos como las balas de cañón.

»Sois infalible desde hace poco, es verdad; pero en fin, lo sois, y no estáis libre, ni de romper con esa política sonámbula de Pío IX que conducía á la Iglesia al abismo por el camino más corto: vos lo sentís, lo veis, y casi tocáis á las orillas del golfo, queriendo retroceder un paso á lo menos. Ese papa vertiginoso os lanza, os domina; su alma ha pasado por el episcopado del mundo entero; vuestros tenientes no os obedecerán el día en que oséis acometer un acto de prudencia, y estarán contra vos más endiablados que nunca al favor de la política de epilepsia. Su opinión á la sordina ó pública paraliza la buena voluntad que podéis mostrar para dominar la situación, pasada ya al estado de crisis entre la Iglesia y la mitad de Europa.

»Lo habéis demostrado bastante en vuestro conflicto con la Bélgica. No podéis alentar abiertamente la rebelión de los obispos contra el gobierno belga, y antes bien los habéis oficialmente reprendido, al mismo tiempo que por

bajo cuerda, lanzasteis los obispos á la insurrección contra la ley de su país. ¿Era esto artimaña por vuestra parte? Nó, que sólo era impotencia.

»Y con la Francia ¿cuál es vuestra actitud? Aconsejáis, tal vez, la calma; á los bulliciosos que quieren levantar rumor en sus diócesis, porque el viento sopla demasiado fuerte, en este instante, al rededor de vuestra barca, y comprendéis que es necesario disminuir su velamen para evitarla que zozobre; mientras que en los momentos mismos que yo os hablo, hacéis poner en el *Index* una obra de enseñanza primaria en Francia, de irreprochable moral, pero que respira el culto del civismo, predica el amor á la República, preconiza la libertad de conciencia y lanza su insolencia hasta declarar el matrimonio un contrato civil... y vos la dejáis inscribir en el *Indice* sin cuidaros de saber si vuestro interdicto va á rebotar sobre la República. ¡Contáis demasiado con su longanimidad! Y no sois ya León XIII, sinó Pío IX, batiéndoos como él, con la yesca al lado del polvorín.

»Es de suponer que hayáis recomendado á los obispos de Francia que no toquen la cuestión religiosa sinó con una mano delicada, y ¿cómo han acogido ellos vuestra palabra? Con un redoble de hostilidad contra la República, porque la religión no es para ellos sinó una cuestión de partido; pero ¿qué partido? El partido del derecho divino, el más retrasado, el más mofado: el poder en un solo hombre, cuya constitución se encierra en tres artículos: un trono, un reclinatorio y un cuerpo de guardia.

»O la República ó la Teocracia: hé aquí el

dilema que vuestro clero, y que vos mismo, Santísimo Padre, á medias palabras, convengo en ello, colocáis al pueblo francés; pero éste ha hecho tres revoluciones en el presente siglo para rechazar la tiranía de dos cabezas de papa y de rey, y hará veinte si es necesario, antes que someterse á ella. Lleva hoy muy alta su frente de soberano para prestarse á humillarla ante un cura.

»Pero ¿quién es el que os informa en Roma sobre el estado de la Francia, y qué gentes son las que frecuenta vuestro nuncio en París? ¡Qué! esa democracia derretida y fundida en bronce, ¿podéis tener la ilusión de verla desaparecer en provecho de algo que no es más que un fantasma saludado á la hora del crepúsculo por todos los buhos de los castillejos, y mochuelos de campanario? ¡Y vos os identificáis *in-fetto* con esta facción cadavérica, y no veis que os casáis con la muerte y que sacáis, una vez más, á Agnes de Castro de su tumba para coronar su esqueleto!

»¿Habéis podido imaginar que al llevarse á cabo la ejecución de los decretos, la nación siempre católica iba á sublevarse desde la Bretaña á la Provenza para impedir á la policía que tocase ni siquiera con la punta del dedo al capuchón tres veces santo de un capuchino? Vos no habéis asistido, ni siquiera en espíritu sinó á una algarada de estudiantes en rebelión, parapetados en sus dormitorios. Todos esos monjes rebeldes á la ley cuya presencia era una violación flagrante de ella no han hecho otra cosa que arrojar al suelo para forzar á los dependientes del Gobierno á tomarlos por los piés

y por las manos: aspiraban al martirio, y no encontraron más que el ridículo; vuestra santidad nada ha dicho hasta ahora: vuestro predecesor era demasiado locuaz, y vos demasiado mudo. No temáis la persecución: la República no os teme bastante, ni os ama tanpoco mucho, para daros esta muestra de interés.

»El gobierno republicano no será para vos menos perseguidor, yo lo sé; porque siempre que se os retira el derecho de perseguir, exclamáis, ¡persecución! Se suprime la atroz Inquisición; se os persigue; se da libertad á la conciencia; se os persigue; se decreta el matrimonio civil; se os persigue. Pero confesad, Santísimo Padre, que para el clero francés no está esa persecución, tal vez, sin compensación y sin conveniencia, porque la República aloja, alimenta, asiste y viste á sus expensas á ese clero mártir; acaba de aumentar la pensión de los curas y de elevar á una cifra más elevada sus pagas de retiro; puede decir cada día su misa en una iglesia restaurada, edificada, reparada siempre con los fondos del Estado, y la única retribución que éste tiene, es, la provocación que hace aquél en el sermón del domingo al odio y menosprecio de los oyentes, porque el Estado, repite á cada paso, quiere abolir la religión, y para más abolirla, le da un centenar de millones por año.

»Vosotros os entendisteis mejor en otra época, en cuanto á persecución, sí, vosotros los papas, los obispos y los monjes, ¿no es verdad, Santísimo Padre? Y para no hablar sinó de los protestantes, no les dejasteis en el siglo pasado ni sus templos que hicisteis demoler, ni sus

pastores que hicisteis ahorcar, ni sus propagadores al aire libre que hicisteis acuchillar. Y en cuanto á los creyentes retirados al santuario de sus casas para leer allí la Biblia en familia, los hacíais arrastrar, de viva fuerza, á los piés de vuestros altares para forzarlos á adorar al Dios sanguinario que había hecho entre ellos, y seguía haciendo, tantas víctimas. ¡Y osáis aún hablar de persecución! ¡Fijad la vista en las manos de vuestros predecesores! Hay sobre ellas una mancha que todos los perfumes de la Arabia no podrán jamás atenuar.

»Nó, señores jesuítas de todos hábitos, papas, cardenales, obispos; no es imitando vuestras cruzadas, vuestras hogueras, vuestra matanza como os perseguiremos nosotros. Nuestra persecución será más cruel, os lo advertimos caritativamente; nos contentaremos con abandonaros á vuestro furor y á vuestra impotencia. Seguid obrando, hijos de Pío IX, que trabajáis infinitamente más contra vosotros mismos, que los peor encarnizados enemigos de la Iglesia. Y ¿es posible que no os conmueva esta situación, Santísimo Padre? Concentráos en vuestra conciencia; y si tenéis aún el valor de mirar sereno, ¿no veis que el catolicismo no es ya en Francia una convicción, sino un hábito? No se procura ya refutarlo, sino que basta retirarle su práctica para arruinarlo.

»Es verdad que, entre todas las tiranías de este mundo, el hábito es la más difícil de destruir. Mi padre ha sido bautizado, y es preciso que yo también lo sea, y aunque yo no crea, como él, en S. Juan Bautista, no importa; ese es el uso. Mi padre se casó con mi madre en la Iglesia; pues yo quiero que el cura ben-

diga mi matrimonio, porque esa es la costumbre. Mi padre ha pedido la extrema unción antes de morir: ¿por qué rehusar este pasaporte? No se sabe á donde se va, y es bueno partir provisto, puesto que la cosa es tradicional.

»Existía en el siglo iv en un templo de la ciudad de Alejandría, convertida, hacía mucho tiempo, al cristianismo, una vieja estatua de Osiris pintada de vermellón. Bien que, para la mayor parte de los cristianos, la divinidad egipcia no fuese más que una superstición, ninguno de ellos osaba, sin embargo, tocar al formidable idolo santificado por tantos siglos de veneración. Un día, no obstante, un monje de Nitria dió un fuerte martillazo en aquella cabeza de madera de un Dios retirado: el rayo debía fulminar; y al estallar la cuba, salieron sólo de ella tres ratones. La gente se exparcíó exhalando risotadas, é Isis tuvo que llorar una vez más la muerte de su marido.

»El papismo no es ya en Francia lo que hasta ahora se ha creído, con razón ó sin ella, sino lo que tiene de consagrado, y este es el último reducto que el libre pensamiento quiere arrancarle. El número de matrimonios y de entierros puramente civiles, va creciendo sin cesar, y en ciertos barrios de París llega al tercio del número de los muertos. No son como, tal vez, se os ha dicho fanfarrones, escandalosos, ó personas sin posición social, los que piden, antes de morir el honor de que se les conduzca directamente al cementerio: son los literatos, los pensadores, los filósofos, los hombres de Estado más ilustres; y la Francia sigue su fétetro con una corona en la mano.

»El filósofo Cousin decía: «El cristianismo tiene todavía para trescientos años en el vientre, yo la venero por esto y me le quito el sombrero.» Y como este filósofo diplomata no podía vivir trescientos años no hubo clase de deferencia que no tributase á la Iglesia. Pero nosotros que no almacenamos la filosofía para tres siglos, nos atrevemos á afirmar á Vuestra Santidad, que el catolicismo, al paso que va, no será, bien pronto, más que una misa cantada que no podrá sostener rivalidad con la ópera.

»Posad la vista sobre el mapa, y ved con quien estáis. Tan largo tiempo como ha durado el duelo de las naciones y de los gobiernos absolutos, hemos comprendido, que un papa como Gregorio XVI haya hecho alianza con los despotas contra los pueblos. ¿No era él mismo representante de un gobierno absoluto con el propio título que el rey de Prusia, el emperador de Austria, ó el de Rusia? La ley de solidaridad de los soberanos entre sí, lo llevaba forzosamente á la alianza con sus cofrades de Viena, de Berlín y de Petersburgo. ¿Podía, por tanto, alentar la insurrección en Polonia, sin provocarla, al mismo tiempo, en Romanía? Así fué que tomó audazmente partido por la cismática Rusia contra la católica Polonia. «Detente allí, dijo Lamennais al Papa, y á medida que ellos pasen, concluye tu obra, y maldice á las víctimas.»

»Gregorio XVI que no era, sin embargo, más que un pobre monje, fué considerado como un gran sacerdote, y señor de una parte del reino de Italia. El apeló al despotismo hasta herético para sostener en Roma su legítima autocracia.

El papa en él era secundario del soberano; lo que ante todo le importaba era que el Austria fusilase por cuenta de la Iglesia á la juventud de Forli, y que él pudiese mantener en paz, sobre las fuentes del bautismo, al hijo de la mujer de su barbero.

»Pero, hé aquí que Pío IX por una de esas alucinaciones demasiado frecuentes en aquel cerebro trabajado por la histeria de la infalibilidad, dió un salto atrás en la historia de ocho siglos, para reivindicar un derecho de soberanía sobre todos los gobiernos de Europa, y que no fuesen en lo adelante sinó los comisarios de policía del Santo Padre.

»Se tiene el derecho de ser papa, pero una vez papa, no existe ya el de ser tonto, aunque se asocie á este fin al Espíritu Santo. Ahora bien; de todas las necedades en que un hombre en la posición de Pío IX pudo incurrir, no cayó en otra más grande que la de sublevar contra sí, no sólo á todos los pueblos libres que por largo tiempo se hallaban desprendidos del papado, sinó también á todos los gobiernos en otro tiempo sostenedores de Roma, sin ocuparse de su Dios respectivo, como el gobierno ruso, el austriaco y el prusiano. No hablo del gobierno francés, porque éste no hizo sinó encorvar la cabeza á causa de una emperatriz española, devota hasta el fanatismo que dijo á su marido: «Pásame el Papa, y te permito todo lo demás.»

»La mar crece, la ola se agita, y os invade por todas partes; su espuma salpica hasta este escollo del Vaticano donde el papado se halla hoy varado, y vos permanecéis con los brazos cruzados, porque confiáis, tal vez, en un mila-

gro; pero tened en cuenta, que el milagro es un aliado de grave compromiso que tiene necesidad de salvación para sí mismo. Os habéis interrogado, y al favor del recogimiento de vuestras horas de meditación, habéis dicho, sin duda: Yo podría muy bien ser la víctima de esta institución inefable que hace de todos los papas uno solo y un mismo personaje, S. Pedro, por muchos cónclaves que se hayan repetido. Vos, sois ellos; ellos son vos, por una ley nueva de metempsicosis: lleváis sobre vuestra cabeza la solidaridad de todos los actos que ellos han practicado, y aceptándolos con vuestro silencio, los cometéis á vuestra vez. Toda la sangre que ellos han vertido en nombre de la Iglesia, vos la habéis derramado en virtud de ese principio de reversibilidad que hace de todos los papas un solo hombre, ¿qué digo? el mismo hombre tirado en muchos ejemplares. ¿No os ha sucedido muchas veces ver pasar durante la noche, en vuestras meditaciones, legiones de condenados, y oírles exclamar "tú eres, sí, el papa eterno que nos has asesinado ó quemado en otro tiempo? y inada has hecho todavía para expiar tu crueldad!

» ¡De rodillas! Santo Padre, y decid vuestro acto de contrición; daos golpes en el pecho, y pedid perdón por el crimen de la Inquisición que es el más monstruoso acto de ateísmo que jamás ha tenido lugar á la luz del sol. La contrición del mismo infalible no es una muestra de debilidad, sinó una prueba de fuerza, porque es el rescate del alma arrepentida, y su rehabilitación ante la historia. Cerrad la boca de todos esos aulladores del púlpito que vienen hoy, en el mismo

París, con la patente de su arzobispo, á hacer cínicamente la apología de Torquemada, para abrir el apetito á los catadores de carne de hombre tostado, que no pueden en la actualidad alimentar su muy católico canibalismo sinó con el humo del asado.

» Y después de este acto de arrepentimiento, levantaos á toda la altura de un papa emancipado de los otros papas; arrojad del templo á todos esos vendedores de milagros de falso, pero que venden á precio de oro sus potes de agua clara bajo el pretexto de que la buena Virgen ejerce la farmacia en grande escala para la curación de todas las enfermedades.

» Cuando hayais purificado la Iglesia de esta superstición, indigna de una religión seria, y que sólo compete á la policía correccional por fraude sobre la cualidad del artículo vendido, casad á los clérigos, creedme, y casadlos lo más pronto posible. El matrimonio es un desinfectante, ha dicho uno de los vuestros, el más truán de todos; desinfectadlos, y habrá más seguridad para los hogares, y sobre todo para la juventud masculina. No os pongáis más, ni coloquéis, por más tiempo, á vuestros levitas en contradicción con Dios permitiendo el fraude que hacen á la naturaleza, porque, cuando no puede ejercerse el comercio, se hace el contrabando.

» Cerrad el confesionario, creedme; que no es ese un lugar honesto. Hay muy poco tiempo que la Inglaterra se ha indignado porque la policía de Londres pretendió hacer pasar á ciertas pecadoras por el lazareto del dispensario y la confesión brutal del espéculum; y vos, ¿qué

practicáis cuando hacéis pasar á una joven más pura que el primer albor del alba sobre el rocío, por el dispensario, de muy distinto modo peligroso, del confesionario? El primer interrogatorio no enseña nada á la mujer que la haga sufrir, nada que ella no sepa ó no pueda saber; pero, ¿el segundo? ¡Madres de familia! vosotras que os habéis confesado, ¿os atrevéis á enviar á él vuestras hijas?

»¡Y qué! lo que ninguna mujer púdica osaría leer, sin que el libro la quemase los dedos, y lo arrojase disgustada, con violencia, ¿la es permitido, acaso, oírlo de boca de un celibatario curioso que la lleva de pregunta en pregunta hasta sus últimos atrincheramientos? El se goza y se complace en este orden de investigaciones, como si quisiera indemnizar á su imaginación de un voto demasiado difícil de observar, y se entrega, á expensas de su penitente, á un trabajo quirúrgico de vivisección de todo lo que hay de más íntimo y sagrado en ella, para investigar, de fibra en fibra, lo que es y lo que no es un pecado.

»Después de un cuarto de hora de *tête-à-tête*, y de aliento á aliento íntimo con su confesor, la mujer más sencilla conoce tan bien todas las extravagancias de los sentidos, como la cortesana más erudita con veinte años de ejercicio. Bastantes madres han pasado por esta escuela de aprendizaje de los misterios sexuales; más de una ha debido sentir el calor de su rostro y estremecerse; y sin embargo, conducen allí á sus hijas sencillas como la ignorancia. Y ¿acaso de las virginidades no es la más sagrada, la del pensamiento? Se dice que en otro tiempo, á la

creciente del Nilo, y en la festividad de Osiris, las madres poseídas de delirio sagrado iban, con sus hijas, á la oscuridad del templo para inspirarlas ideas impuras en ovación de aquellos acontecimientos.

»Cerrad el confesionario, Santísimo Padre; cerradlo lo más pronto posible, porque él es, no sólo un ultraje á la moral, sino también un estímulo al vicio por su complacencia en la aplicación del esponjeo que limpia para empezar de nuevo. ¿Qué es el tratado del Padre Guri para el uso del confesor? El arte de pecar sin cometer pecado con la ayuda del *distingo*, del *si*, ó del *pero*, de la secta de Ignacio?

»El robo, en principio, es un pecado; pero... en conclusión, podéis robar cuanto queráis por necesidad, cuando lo hagáis, por ejemplo, á vuestro deudor.

»El perjurio es, también, un pecado; pero... Un joven ha jurado casarse con una joven, y tal vez hasta ha tomado alguna prenda á cuenta sobre el matrimonio; mas él la consideraba rica, y resulta que es pobre; ¿se halla obligado á casarse?

»Nó, responde el Padre Guri, y con él toda la banda de casuistas, aun cuando la infeliz haya consentido en llegar á ser madre, bajo la fe de una promesa de matrimonio.

»Si en un libro público se habla de esta manera, ¿qué no debe decirse en el secreto del confesionario? Es preciso hacer á los jesuitas la justicia de que son los más hábiles mercachifles de la Iglesia, porque han inventado, primero que nadie, el buen mercado de los pecados para aumentar la cifra de su clientela.

»Arrojad al fuego el Syllabus, que no es sino un acto de enagenación mental. Charentón lo hubiera desaprobado en sus momentos de lucidez. El Vaticano lo ha impuesto á sus obispos; éstos lo han aceptado de rodillas, pero lo han maldecido interiormente. Los forzados á observar lo han desnaturalizado su sentido para atenuar su alcance, y entre otros el obispo Dupanloup; ¡pero habéis mentido Monseñor!

»El Syllabus, Santo Padre, cualquiera que sea el comentario que de él se haga, es el guante arrojado á la civilización, y de buena ó de mala gana, es necesario aceptar ó rehusar el cartel. Hablad, pues, desde lo alto de vuestro Siná; pero creedme; apresuraos, porque es tiempo de hacer tolerable á la Iglesia, durante el interregno que separa al mundo antiguo del mundo nuevo.

»No se es ya fanático hoy; y el mundo sólo es anticuario, dejándoos á vosotros el beneficio de lo secular. Se tendrá para con vos el respeto que se debe á lo que fué, y á lo que tuvo su razón de ser hasta cierto límite; pero yo me engañaría á mí mismo si pretendiese meceros en cuna de ilusiones. Ni vos ni nadie puede regenerar el catolicismo, pero vos podréis honrar su fin. La muerte tiene también su gloria, y yo no sé qué melancólica belleza. En los desiertos del Nilo se encuentran esparcidas acá y allá elevadas columnas de granito aún en pié, como límites miliarios de tiempos pasados; y cuando la noche cae, y la llanura se sumerge en la sombra, su cima brilla con los reflejos del crepúsculo, y ellas reciben el último adiós del sol poniente.»

XX.

«¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que debe ser? Toda la moral está en ese conocimiento, y ella no es en el fondo sino la noción de nuestro destino, y la conformidad de nuestros actos á ese conocimiento.

El animal no tiene destino; obedece á una ley natural que no puede modificar ni quebrantar. La víspera es siempre para él, el siguiente día.

«De dónde viene? ¿A dónde va? Hé aquí la eterna cuestión de toda religión, así como de toda filosofía. ¿Qué responde la Iglesia romana? Ella contesta, que el hombre es hijo del pecado, y que lo es, por haber escuchado á la mujer, que, á su vez, escuchó también á la serpiente.

Dios lanza al hombre del Edén, le retira la voluptuosidad de la pereza, y le impone el trabajo como castigo. *Tú trabajarás la tierra con el sudor de tu frente.* Y maltrata todavía más á la mujer: *tú engendrarás en el dolor:* su título de madre es, también, un castigo.

A partir de aquel momento, el hombre no es más que el mal encarnado; piense lo que quiera, sienta lo que sintiese, y haga lo que hiciese; no puede ya sino premeditar, sentir y hacer el mal sin que le quede siquiera la elección entre el mal y el bien, en virtud de su libertad; y de tal manera ha llegado á ser el mal un segundo sér